



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

SAFO

El mar Egeo al caer la tarde. La ola se corona de burbujas y viste de tules sutiles la planta de granito de los acantilados. Un Tritón juega en las crestas vaporosas haciendo sonar vagamente su caracol rosado. A lo lejos, un viejo bosque de venerables encinas poblado de ruiseñores. El verde oscuro del follaje toma tornasoles de zafir al beso de luz del Sol poniente. Dos mariposas celebran los fastos de Himeneo en el palacio de pétalos de una azucena. En la playa, Safo extiende su cabellera sobre el manto imperial de la arena. Sus labios se abren pálidos para dar paso al raudal de una canción, y sus ojos contemplan la majestad de la media luna que, como la curva de un rizo blanco, surge en el Oriente entre bambalinas

de nubes nacaradas.

Y Safo canta:

La suprema armonía está en el cuerpo. Hay más belleza en el músculo que se

recoge sobre el brazo, que en las caricias de púrpura que prodigan a la pupila las perfumadas rosas de Corinto.

Hay mayor majestad en el paso del núbil que en las frondas oscuras busca a Diana para aspirar el perfume de su virginidad; que en la marcha llena de pompa del sacerdote seguido por la escolta de vírgenes vestales, cuyos ojos no se abrirán jamás ante las pomas olímpicas de Venus Citerea.

Hay mayor belleza en el torso del amante que se revuelca en el lecho cuando desata las bridas de su pasión; que en la curva del cuerpo de la

náyade que surge en las linfas ignoradas coronada de pámpanos y de gotas de rocío, que brillan como luceros engarzados en la noche de seda de sus cabellos.

Hay mayor luz en la pupila del esposo que ya ha derramado la mirra en el altar de los dioses lares; que en el irradiar de la estrella, que busca con sus ojos de plata entra los cielos, la sombra de un amante nunca visto.

Hay mayor bravura en el sátiro que amarra entre cadenas de césped a una ninfa, para hundir sus manos velludas entra las blandas ampollas de marfil

de oriente; que en el gesto de las iras entre el trueno de las peleas.

Hay mayor dulzura en el labio que besa el cuello de la vestal, cuando olvidando el fuego sagrado corre a escuchar un ritmo de amor bajo el palio

de los cedros musculosos como muslos de titanes enclavados; que en la miel

que entre cofres de cera guardan las abejas bajo los relieves musgosos de algún templo abandonado.

Hasta la vejez es bella cuando ama. Las carnes viejas, corroídas por los años y por los holocaustos de las noches nupciales, reflorecen cuando se acercan a la flor de carne, que surgiendo del capullo, recién sonríe en el

jardín de la juventud. Las barbas venerables brillan con fulgores de nieve

que se liquida bajo la caricia de la llama, y las pieles rugosas adquieren

la suavidad albísima de las alas de finas palomas.

El Amor es el todo y el Deseo es el hijo del Amor.

El Deseo es la suprema vibración del alma, el postrer acorde de la lira del corazón.

Quien no ha deseado, no ha amado. Quien no ha soñado en un cuerpo de durezas incitantes, donde el músculo semeje cordilleras; en un torso soberbio de dureza del roca; en unos labios ásperos, pero rojos como los torrentes de vida que se escapan del cuello de la víctima en la hora del sacrificio, no ha levantado aún su cabeza a la luz de las supremas delicias.

Cuando se desea, el cuerpo todo vibra en cadencias ignotas, la carne se agita en estremecimientos febriles, y dentro del alma la pasión tañe su instrumento de mil cuerdas, un instrumento forjado con rosas y con rayos de cometas.

El ensueño abre su pabellón de celajes y de brumas llenando los horizontes

del espíritu, y estallan en la noche besos mudos, que al herir las tinieblas hacen brotar chispazos que van a perderse en lo desconocido, entre el seno misterioso de las exhalaciones.

Las pieles tostadas de los guerreros zañudos brillan más refulgentes que la faz bronzina de sus escudos; los rostros blanquísimos de los donceles se rodean de auroras nunca vistas, y la palabra arrulla como un acorde producido por el viento en el élictro verde de una palmera.

¡Ah, las carnes bellas de los jóvenes sin mancha! Ésas son duras como el

mármol, brillantes como el pórvido, suavísimas como la cabellera de algas de una voluptuosa oceánida!

En aquel instante la frase de una canción llega como una flecha de invisible cuerpo a clavarse en el plumaje de una ola. Breves ratos después, la playa está desierta y las estrellas se contemplan dulcemente en el cristal ondulante de los mares.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

